

LA MISIÓN ESPIRITUAL de la nueva generación universitaria

(En el Rep. Amer.)

En la hora actual en que después de violenta crisis el mundo y el hombre de todas las latitudes se agita angustiado, y urgido deambula por las filosofías y las concepciones de la vida en busca de respuestas a su desorientación y a sus dudas, es necesario, en esta época ávida de espíritu y ayuna de generosidad, ofrecer una norma salvadora de pensamiento y de vida.

Por eso no cabe sino la actitud de ordenar nuevamente la escala de valores —y que los eternos ocupen lugar prominente— que las concepciones individualista y materialista, han trastocado.

Felizmente es dable esperar con regocijo que los hombres desechan definitivamente la concepción individualista, tercamente egoísta, desconocedora de la colectividad como realidad social, que trata de divorciar ingenuamente facetas que en el hombre se vinculan en su esencia, persiguiendo amputar del todo el todo mismo. El individualismo no ofreció soluciones integrales y el hombre se perdió en un mar de confusiones, dudas y egoísmos.

El materialismo negador, que pone grillos al espíritu y esclaviza al hombre atándolo a la tierra y sumiéndolo en un campo de tinieblas, no puede ser la afirmación luminosa que la humanidad anhelante busca.

La perfecta fórmula surge de los siglos, siempre actual, siempre lozana. Es la afirmación de los más altos valores del espíritu, de la auténtica y cristiana Justicia y Caridad sociales.

Frente a este panorama nuestra generación se adhiere con heroicidad y decisión en la Cruzada salvadora de afirmar y propagar la verdadera escala de valores, de reivindicar los morales, de trabajar por el progreso de la sociedad no por el progreso mismo en cuanto contribuye al mejor y más libre desarrollo del espíritu y del más constante servicio a Dios. Ante la gravedad del problema social no perdemos de vista la última instancia.

La juventud católica universitaria, nuestra generación de mediados de siglo es portadora de un mensaje de transformación espiritual. Entendemos por generación una actitud frente a la vida, un conjunto de seres vinculados por una misma vocación histórica, o por idéntico destino, por una sensibilidad. Somos una generación disconforme, revolucionaria, insatisfecha. Estamos en perfecta y total beligerancia con el legado insustancial de generaciones anteriores.

El destino de nuestra generación no es ser individualista, ni materialista. La vocación histórica de nuestra generación es la de afirmar un orden cristiano que rija la vida del hombre integralmente. Esta es nuestra misión. No nos basta conocer nuestro destino. Es necesario fundamentalmente que tengamos el firme propósito de realizarlo. No podemos adoptar una posición conformista, de irresponsable indiferencia ni de cobarde deserción. Tenemos también que ejecutar la magna obra de crear un lenguaje nuevo que se adapte a esta actitud paradójicamente nueva y eterna a la vez. Y de hacer que nuestro Ideal sea comprendido por la mayoría que, sin duda, piensa seguir transitando por las viejas veredas.

Luchamos por una total transformación de la vida en sus múltiples manifestaciones. Somos portadores de una nueva actitud, de una propia sensibilidad. En esta tarea rompemos con el apático pasado. En esta empresa somos revolucionarios. Perseguimos no la revolución de un orden determinado, de una



Carlos Fernández Sessarego
(1948)

modalidad, de la vida, sino la Revolución Substantial que partiendo del espíritu abarque todos los campos de las manifestaciones humanas. No somos, pues —óigase bien— pseudo-revolucionarios. Nuestra Revolución primariamente espiritual, es una Revolución Integral desde que compromete todas las manifestaciones vitales.

Tenemos que enrolar bajo nuestras banderas a los que reaccionan contra el Ideal, a los antirrevolucionarios, a los pseudo-revolucionarios o sea aquellos que creen sólo en su

La vida

(En el Rep. Amer. Atención de la autora, en Buenos Aires. Julio 1948).

Te doy la mano y ya lo entrego todo.
Abro la boca apenas y es tu nombre
que nace de lo hondo.
Pasaste largo a largo por mis venas
como un dolor remoto.
Es mi cuerpo un lienzo flameando
como alba paloma sobre lodo.
¿Cómo puedo negarte este deseo
de abandonarlo todo?
Me nace el llanto de los ojos tristes
y la vida me huye poco a poco.
Tu voz, un río de escamada orilla
inundando mi cuerpo en su contorno.
Tu mirar, el engaño que trabaja
hilos de seda con fulgores de oro.
Desespera la ausencia a que me invitas
por no encontrarte de distinto modo.
Sacrificas mi amor en la fatiga
de luchar contra ti sin un reposo.
Esperaré paciente a que el pasado
vuelva hacia mí su rostro.

Esmeralda RADAELLI.

“revolución de la materia” y se han perdido en el caos intrascendente de lo únicamente temporal y material.

Vivimos con noble pasión nuestras ideas. Locura que por ser colectiva, de toda una generación, deja de ser tal para convertirse en viviente realidad.

Constituimos una Nueva Orden de Caballeros en el Siglo XX; queremos ser nuevos Don Quijotes, Caballería de la Fe, en este siglo en que predominan aún el interés, el egoísmo y el odio. Como el Hidalgo de la Mancha bregamos por la salvación de los valores cristianos de la Verdad, el Bien, el Amor, la Justicia, la Belleza. Apretada cohorte de corazones de vanguardia que emprenden, lanza en ristre, el combate contra los corazones amonedados. Nos enrolamos en la caravana que marcha a rescatar el sepulcro del caballero cervantino —como quiere Don Miguel de Unamuno— que es el sepulcro del espíritu. Para esta tarea la generación del 50 marcha aperrechada de los atributos de la juventud, entusiasmo, esperanza, fe. Conscientes de la fuerza que poseemos, nos lanzamos después de descubrir nuestra vocación, nuestro destino, a la conquista del nuevo y amplio horizonte de la Vida. Sin vacilaciones ni indecisiones y sobre todo sin desalentarnos por los reveses que puedan presentarse, ya que sabemos que a menudo la esterilidad o el fracaso del momento es surgente de fecundidad permanente.

Los que hoy pueden creernos ilusos o locos, mañana nos darán la razón. Creemos en los milagros de la fe. Ella se infunde, se transmite. Allí está Sancho Panza, que de tanto andar con Don Quijote, termina dándole la razón y convirtiéndose en un quijotesco Sancho Panza. Sancho Panzas hay que se contagiarán de nuestra robusta fe.

La Universidad no ha cumplido la misión que le corresponde dentro de la sociedad. De sus claustros han egresado profesionales sin la sólida formación que ellos anhelaron, sintiéndose en la vida impotentes para conocer con certidumbre la justa escala de valores, y lo que es más, conscientes de su impotencia para afirmarla en las relaciones humanas.

Está en lo cierto Ortega y Gasset cuando refiriéndose a la vida, dice que ella es un caos, una selva salvaje, una confusión. Es necesario que el hombre posea un sistema de ideas sobre el mundo, un repertorio de convicciones salvadoras, ideas claras y firmes, una visión acertada del mundo. Es urgente que el hombre posea una Idea, dice Chesterton. La Universidad de nuestros días debe ofrecer a la multitud de estudiantes que transitan por los claustros ávidos de luz, convicciones salvadoras. Así los más no abandonarán las aulas en la perjudicial desorientación o entregados impune e inocentemente en brazos del error, y poseerán los elementos necesarios para construir el edificio mental de jerarquía de valores.

Anhelamos de la Universidad una formación integral, la cual debe respetar el doble carácter, natural —y porque somos cristianos— sobrenatural del hombre. Debe preocuparse por el desarrollo de la plenitud del ser —y no de un solo aspecto, una determinada